

Los SECRETOS DE LA MANSIÓN SAMWEL

CHARO VELA



ExLibric

LOS SECRETOS DE LA MANSIÓN SAMWEL



ExLibric

CHARO VELA SÁNCHEZ

LOS SECRETOS DE LA MANSIÓN SAMWEL

EXLIBRIC
ANTEQUERA 2017

LOS SECRETOS DE LA MANSIÓN SAMWEL

© Charo Vela Sánchez

Diseño de portada: Dpto. de Diseño Gráfico Exlibric

Iª edición

© ExLibric, 2017.

Editado por: ExLibric

C.I.F.: B-92.041.839

c/ Cueva de Viera, 2, Local 3

Centro Negocios CADI

29200 Antequera (Málaga)

Teléfono: 952 70 60 04

Fax: 952 84 55 03

Correo electrónico: exlibric@exlibric.com

Internet: www.exlibric.com

Reservados todos los derechos de publicación en cualquier idioma.

Según el Código Penal vigente ninguna parte de este o cualquier otro libro puede ser reproducida, grabada en alguno de los sistemas de almacenamiento existentes o transmitida por cualquier procedimiento, ya sea electrónico, mecánico, reprográfico, magnético o cualquier otro, sin autorización previa y por escrito de EXLIBRIC; su contenido está protegido por la Ley vigente que establece penas de prisión y/o multas a quienes intencionadamente reprodujeran o plagiaran, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica.

ISBN: 978-84-16848-57-7

Nota de la editorial: ExLibric pertenece a Innovación y
Cualificación S. L.

CHARO VELA SÁNCHEZ

LOS SECRETOS DE LA MANSIÓN SAMWEL

Índice de contenido

Portada

Título

Copyright

Índice

Dedicatoria

Capítulo 1 La tragedia (1898)

Capítulo 2 Recordando el pasado (1872)

Capítulo 3 La marcha inevitable (1875)

Capítulo 4 Empieza la investigación (1898)

Capítulo 5 La visita sorpresa (1876)

Capítulo 6 Días de felicidad (1876)

Capítulo 7 Tristezas y alegrías (1876)

Capítulo 8 Buscando pistas (1898)

Capítulo 9 El nacimiento (1876)

Capítulo 10 Dama de honor (1880)

Capítulo 11 El descubrimiento (1880)

Capítulo 12 La policía reaparece (1898)

Capítulo 13 Van pasando los años (1888)

Capítulo 14 La historia se repite (1897)

Capítulo 15 El sepelio (1898)

Capítulo 16 El testamento (1898)

Capítulo 17 Caso cerrado (1890)

Capítulo 18 La confesión final (1890)

*Dedicado a las personas que me han animado
en esta satisfactoria aventura de la escritura.*

Mil gracias por vuestro cariño y apoyo.

Capítulo 1

La tragedia (1898)

Era noche cerrada cuando un rápido y sesgado rayo iluminó el cielo invernal. Iba acompañado del ruido ensordecedor de un trueno. Si alguien con un fino oído no hubiese prestado atención al trueno, ni a los quejidos y gritos de una mujer dando a luz en ese mismo momento, habría podido escuchar con claridad, las voces de hombres discutiendo y el sonido de un disparo mortal.

Dicho suceso estaba ocurriendo en la mansión Samwel, una de las más prestigiosas de la campiña inglesa. Dentro del condado de Devon, en el corazón de Inglaterra como algunos le llamaban. La comarca estaba llena de lugares históricos, con majestuosos monumentos y extraordinarios jardines de variada vegetación multicolor. Cerca de Tiverton, una ciudad de dicho condado, se encuentra la mansión Samwel.

En la planta baja de la mansión, al fondo de la cocina, había un pasillo por el cual se accedía a los aposentos de la servidumbre femenina. Allí, en una humilde habitación estaba Evelyn, tendida en la cama, gritando cada vez que le venía el dolor de las contracciones del parto. Junto a ella estaba Marian, su madre, que la tranquilizaba cogiéndole con cariño la mano cada vez que su hija se la apretaba por

los fuertes dolores. También las acompañaba Betty, la cocinera de la mansión, que iba a asistir a Evelyn. Ella hace algunos años ya había estado presente en un parto y sabía bien cómo debía atenderla en estos momentos. El parto duró toda la noche. Evelyn era primeriza y eso hacía que el proceso fuese más lento.

La pequeña habitación se hallaba iluminada por la tenue luz de un candil colgado junto a la cama y una vela tintineante sobre la mesita. En un rincón de la alcoba había un cubo de latón con leña ardiendo, calentando la pequeña estancia. Betty había traído toallas limpias y una palangana con agua para calentarla sobre la lumbre cuando llegase el momento.

—¡No puedo más, qué dolor! Uff, ya vienen otra vez ¡Aaahhh! —gritaba Evelyn, mientras respiraba con fuerza, sin dejar de moverse.

—Ánimo, hija mía, aguanta ya queda poco. Ya verás, cuando tengas a tu bebé en tus brazos, todo este sufrimiento habrá merecido la pena —la confortaba Marian, subiéndole las enaguas para que no se las manchase.

Marian recordaba en ese momento, cuánto pasó ella en el parto de Evelyn.

Tras largas horas de dolores, mientras iba dilatando muy despacio, casi al amanecer Evelyn dio a luz a un lindo varón, que pesó unos tres kilos y al que llamó Jeremy.

No habían podido avisar al médico. El pueblo más cercano se hallaba lejos y la noche estaba muy fría y lluviosa. Era peligroso cabalgar una noche así, por esos

oscuros e inhóspitos caminos. Cuando se presentó el parto ya todos descansaban. Marian solo pudo avisar a Betty, que dormía en la habitación de al lado, para que la ayudase cuando llegase el alumbramiento. Por suerte, todo se había resuelto satisfactoriamente. Una vez que lavaron al bebé lo acostaron junto a su madre, que emocionada lo arropó entre sus brazos.

—Madre, mire que pelo tan negro tiene. ¿A que es guapo su nieto? —dijo Evelyn ensimismada mirando a su pequeño, ya más relajada.

—Sí hija, se parece a ti. Tiene tus mismos ojos y mira que labios, es un bebé precioso —afirmaba Marian emocionada y besando a los dos—. ¿Ves cómo merecía la pena el esfuerzo? Ser madre es lo más bello del mundo, aunque el parto sea muy doloroso. Ahora debes descansar un rato, tienes que estar agotada.

—Sí madre, estoy fatigada y muy dolorida, pero contenta. Mi hijo nació sano y todo ha salido bien. ¡Hola Jeremy, mi niño bello, soy tu mamá! Mira pequeño ella es la abuela Marian y la tía Betty, vas a tener tres mujeres para cuidarte —le contaba Evelyn a su bebé como si él la escuchase—. Parece mentira que una cosita tan pequeñita te haga tan feliz.

—Ya verás cuando vaya creciendo y empiece a hablar y a cogerlo todo, nos va a volver locas a las tres —bromeó Betty también emocionada.

—Tía Betty, quiero darle las gracias por estar siempre a mi lado y ayudarme a tener a mi bebé. Aunque no tenga mi

apellido, usted es mi familia. Será la tía abuela de mi Jeremy.

—Es todo un honor, tesoro. Sabes que para mí eres mi sobrina y si a ti te adoro, imagina a este pequeñín. Gracias al cielo que estáis bien los dos. Ahora debemos descansar un rato, que ya mismo amanece y tengo que volver al trabajo. Marian si me necesitas, avísame.

Jeremy nació sano y fuerte como su madre. Marian lloraba enternecida, con su nieto en los brazos. Era tan feliz en esos momentos. No obstante, veía a su hija sola y dolorida y eso le apenaba. El padre de la criatura no estaba a su lado. Ni en el parto, ni en los meses de gestación. Ahora tenía que sacar sola a su hijo adelante, con lo joven que era. Había tenido mala suerte. Pero Evelyn no estaba sola la tenía a ella en cuerpo y alma.

Ya al amanecer, cuando Evelyn y Jeremy dormían rendidos, Marian, más tranquila y entusiasmada tras asearse, se puso el uniforme, se recogió el pelo en un moño, se puso un chal de punto que ella misma había tejido, sobre los hombros y salió para dar la buena nueva a los demás. Al llegar a la escalera central escuchó mucho alboroto. Todo el mundo iba corriendo de un lado para otro. “Ya se han enterado”, pensó, “pero, ¿por quién?”. Solo lo sabía Betty y esta le dijo a Marian que “la alegría de dar la noticia le tocaba a la abuela”. Era imposible que ninguno lo supiese, porque el parto les había pillado en plena noche. No había dado tiempo de avisar a nadie en la casa. Al fijarse con más detenimiento en las caras de las asistentas, las notó tristes

y preocupadas, entonces Marian se dio cuenta que algo malo había ocurrido.

—Buenos días, Grace —saludó Marian a la doncella—. ¿Qué ocurre que hay tanto revuelo?

—¡Ay Marian! Algo horrible. Una desgracia muy grande —dijo Grace sollozando.

—¿Le ha pasado algo a la señora? ¡Cuéntame, dime algo! —preguntó nerviosa.

—No, a la señora no. Ha sido al señorito Jacob, que ha muerto esta madrugada.

—¿Cómo que ha muerto? —preguntó casi gritando, sin poder creer lo que escuchaba, mientras se agarraba a Grace—. No puede ser, ¿qué le ha pasado?

—Esta noche lo han asesinado. Se lo ha encontrado George, el jardinero, que al escuchar un disparo, acudió al cobertizo y lo halló malherido en el suelo.

—¡Ay Dios! No, no. ¿Quién lo ha matado? ¿Por qué? —interrogaba Marian en voz alta y moviéndose como loca con las manos en la cabeza.

—George, el jardinero, halló al señorito moribundo y le mandó avisar a la señora Margaret y también a ti, Marian. Me ha dicho que fue a avisarte, pero no estabas en tu alcoba.

Marian no daba crédito a lo que escuchaba. Nadie en ese terrible momento con los nervios de la tragedia pensó que, al no estar en su habitación podría estar atendiendo a su hija. Claro ellos no sabían nada. El parto se había adelantado unos días antes de la fecha prevista.

La doncella le contó a Marian que la señora Margaret acudió al lado de su hermano, nada más avisarla. Jacob le hablaba con mucha dificultad y con la respiración entrecortada. La señora no entendía lo que su hermano con tanto esfuerzo le contaba. Apenas le salía un ápice de voz, casi como un suspiro. Esos minutos fueron eternos y angustiosos para la señora, viendo desangrarse a su hermano ante sus ojos y no pudiendo hacer nada para salvarlo.

—René, el vinicultor, galopó veloz a avisar al médico del pueblo, pero los caminos estaban intransitables con tanta lluvia y se demoraron bastante —le contaba con tristeza la doncella a Marian—. Cuando este llegó ya estaba agonizando sobre un charco de sangre y murió al instante, sin que pudiera hacerse nada por él. Dice George que le pareció entender que nombraba a varios de nosotros. Y a Alfred lo han herido en la cabeza y no recuerda nada.

—Grace ¿vieron quién mató al señorito? —preguntó mientras asimilaba los acontecimientos. Su corazón palpitaba con fuerzas y se sentía desfallecer. Ella lo apreciaba bastante, era su amigo.

—Parece ser que habían venido hombres a buscarlo y tras discutir con ellos, le habían disparado. Aunque no se sabe si ha sido uno o varios. Solo fue un disparo, pero muy certero. La bala por desgracia penetró en el pecho reventándole el pulmón y desangrándose en el suelo. Todo esto lo sé, porque George, el jardinero me lo ha contado

hace un rato. La señora podrá darte todos los detalles. Han avisado a la policía, debe estar ya de camino.

Pobre Jacob, el proyectil le quitó la vida en solo unos minutos, en su propia casa y cuando todos aparentemente dormían. Que amargos habrían sido sus últimos momentos.

Marian al enterarse de la fatídica noticia, palideció de golpe y tuvo que sentarse en la escalera para no caer. Se quedó helada y un sudor frío recorría todo su cuerpo, estaba temblando. Se sentía desfallecer, las piernas le flaqueaban. Qué injusto era todo, mientras el señorito perdía la vida, bajo el mismo techo esa misma noche nacía otra criatura. No podía creer lo que escuchaba, parecía un mal sueño, una horrible pesadilla. Estuvo paralizada un buen rato. Seguía sin reaccionar sentada en la fría escalera de servicio. Las lágrimas no dejaban de caer por su rostro y su corazón latía con ritmo acelerado. Hacía tanto que lo conocía, había compartido tantos momentos con él y al final no había podido ni despedirse del señorito Jacob. Él no merecía ese fin. Había sido muy bueno con ella. Estaba rota de dolor y desconsolada.

Con lo afable que era el señorito. Era generoso con los empleados, buena persona y buen patrón, ¿quién y por qué lo había asesinado? Se preguntaba una y otra vez Marian en su cabeza.

Además, en que mal día había nacido su nieto Jeremy. Un día de tragedia. Un día de luto en la mansión. Siempre se recordaría en cada cumpleaños la muerte del señorito. “Eso

era un mal augurio”, pensó mientras seguía llorando sin consuelo.

Marian era el ama de llaves de la casa desde hacía veinticinco años. La señora Margaret era la dueña de la casona. Tanto ella como sus hijos le tenían mucho aprecio a ella y la adoraban. Marian era seria, entregada y responsable en su trabajo, gracias a eso, se había ganado el cariño y respeto de todos, tanto de los señores como del servicio.

Marian seguía sentada en el frío y duro peldaño de la escalera, asimilando la trágica noticia. Aún no se encontraba con fuerzas para ir a velar a Jacob, ni a hablar con la señora. Necesita relajarse y asimilar la tragedia. Con las manos tapándose la cara, entrecerró los ojos llorosos y su mente voló a cuando ella era una jovencita, cuando tenía quince años y recordó su llegada a la mansión y sus comienzos en ella. ¡Cuántos momentos vividos junto a esta familia!

Capítulo 2

Recordando el pasado (1872)

Siendo Marian muy joven, cuando solo tenía quince años, le pidió a su madre que le buscase un trabajo para poder ayudarla con los gastos. Eran de familia humilde y no tenían mucho que llevarse a la boca. Así cuando Marian ya era una mujercita, decidió que debía colaborar.

—Marian, he escuchado en el mercado que en la mansión Samwel la señora necesita sirvientas. Hija ¿Sigues pensando en querer trabajar? Mira que tendrás que irte a vivir allí o donde encuentres trabajo. Aquí en este pueblo no hay nada, ya lo sabes —le advirtió su madre.

—Madre, ya no soy una niña. Soy fuerte y puedo trabajar en el campo. Limpiando, ayudando en la cocina o en lo que me manden. Usted está enferma y no puede sola con todos los pagos. Por favor, madre ¿podemos ir mañana? Acompañarme a esa mansión. A ver si tengo suerte y me dan el trabajo.

—¿Estás segura? Te voy a echar mucho de menos. Tú eres mi única hija, mi niña querida. Es verdad que nos hace mucha falta el dinero, ahora viene el invierno y no tenemos

ni para carbón. Pero no quiero obligarte a irte lejos. Solo nos tenemos la una a la otra.

—Lo sé madre. Usted siempre me lo ha dado todo, ahora me toca a mí ayudarla. Yo también la voy a añorar bastante y me costará vivir con gente desconocida, pero es por nuestro bien —decía mientras abrazaba a su madre con fuerza—. No pensemos en cosas tristes, seguro que podremos vernos a menudo. Yo seré feliz sabiendo que va a tener carbón y un plato caliente cada día. No quiero que le falte lo preciso y tenga para comprar sus medicamentos.

—Bueno, hija, si es tu decisión yo debo respetarla —suspiró resignada la madre.

—Usted tranquila, yo estaré bien. ¿Dónde se halla esa mansión, en el pueblo vecino? Nunca he escuchado hablar de ella.

—No hija, está a varias horas de camino, a unas veinte millas en el condado de Devon, en la comarca de los viñedos.

—Gracias madre por dejarme ir. Me voy tranquila, sé que las vecinas la cuidaran como hasta ahora. Voy a preparar la ropa y mis bártulos para el viaje. Iré a despedirme de Shara, que no sabe nada de mi partida. Verá que sorpresa se va a llevar. Todo ha sido muy rápido.

—De acuerdo, mi niña. Hablaré con el señor Alexis a ver si puede llevarnos mañana en su carromato. Esperemos que tengas suerte y la caminata no sea en vano.

Shara era amiga de Marian, desde que eran pequeñas. Jugaban, reían y aprendieron a bordar juntas. Shara era un

año menor. Esta ayudaba a sus padres, en una pequeña panadería que tenían. Siempre que visitaba a Marian les traía una hogaza de pan recién hecho. Shara estaba enamorada del chico que les traía la harina para hacer el pan. Juntas imaginaban como él algún día la enamoraría, pediría su mano y se casarían en la iglesia del pueblo.

—Marian, cuando Neil me pida en matrimonio —le decía entusiasmada imaginando el día de su boda —recuerda que tienes que venir, tú serás mi dama de honor.

—*Ja, ja, ja*, anda baja de las nubes jovencita. Si ni siquiera te ha hablado ni una sola vez.

—Es cierto, pero me mira Marian y ¡vaya con las miraditas qué me echa!

—Bueno, por lo menos harina no te va a faltar —y reían las dos a carcajadas.

Le daba mucha pena tener que despedirse de su única amiga, habían compartido tan buenos momentos. Pero tenía que coger las riendas de su casa. Ahora le tocaba a ella luchar por su madre. Tras un rato de charla, Shara, con lágrimas en los ojos, le deseaba lo mejor a su amiga.

—Y no olvides que cuando me vaya a casar tienes que venir. Mi dama de honor no puede faltar a mi boda.

—Claro que sí, aunque primero tendrás que conseguir el novio —reía Marian.

—Cuídate mucho Marian y si conoces a tu amado, yo quiero saberlo todo ¿eh?

—Por supuesto. Si algún día me enamoro, te lo contaré la primera. Te deseo lo mejor, sabes que te quiero. Shara, por

favor, visita a mi madre a menudo que se queda muy sola —dijo con tristeza. No deseaba irse, pero sabía que no tenía otra salida.

—Cuenta con ello y le llevaré una hogaza de pan recién hecho cada día. Alguna vez que tu madre vaya a visitarte, iré con ella a verte y pasaremos el día contigo.

—¡Ay prométemelo amiga, que alegría me vais a dar! Voy a contar los días para que lleguéis.

—Prometido queda. Tienes mi palabra. Mucha suerte Marian. Cuídate mucho y sé fuerte.

Tras abrazarse y lloriquear un rato, por lo sola que se quedaban y lo que se iban a extrañar, se despidieron. Atrás quedaban todos los momentos vividos de las dos amigas. Esa noche Marian, aunque con ilusión de empezar una nueva etapa de su vida, lloró en su cama, en el fondo tenía miedo a lo desconocido. ¿Hasta cuándo no volvería a dormir en su cama y bajo ese techo? ¿Qué le depararía el destino a partir de ahora? —se preguntaba inquieta y con temor.

Y así fue como al día siguiente bien temprano, madre e hija, viajaban hacía la mansión. Su madre la miraba con ternura, sabedora que su niña ya era toda una mujercita.

El viaje fue incómodo para Marian, ella nunca había viajado tantas horas. Sumado a que el carromato era viejo y el camino empedrado y con baches, hicieron que con el traqueteo Marian se marease varias veces. Rozando el mediodía llegaron al condado. Desde una colina divisaron unas llanuras que parecían tapizadas de un manto verde. Nunca Marian había visto paisaje tan bonito. Ni poblado con

tanta diversidad de árboles. Totalmente asombrada, miraba perpleja al fondo de la ladera, donde se divisaba la mansión Samwel. Una de las más grandes e importantes del condado. Estaba ubicada en la campiña inglesa. Era muy luminosa y de estilo colonial. Suntuosa, aunque a la vez refinada, se alzaba majestuosa en la pradera. Una casa solariega con sus tejados oscuros y sus paredes de piedra caliza. Constaba de tres plantas con amplios ventanales y más de veinte habitaciones, rodeada de frondosos jardines y arboledas.

La propiedad tenía muchas hectáreas de cosechas de viñedos. Árboles frutales y acres infinitos de siembra. Los viñedos Samwel tenían gran prestigio en toda la región. Sus vinos de crianza habían sido galardonados durante varias temporadas. Sus bodegas eran las mejores del condado. En la temporada fértil del campo, el colorido de las cosechas alegraba la vista y la dulce brisa traía el olor de las vides que endulzaban los sentidos.

En la parte izquierda de la mansión, estaban las bodegas. En la parte derecha a unos metros de la casona, había una gran caballeriza con caballos de varias razas, tanto frisón, bretón y pura sangre. Además de tres carruajes, dos de ellos cubiertos. Junto a las cuadras, había una granja con gallinas, patos, ovejas y corderos. También había un granero y un cobertizo grande para guardar los arreos del campo y la labranza, además del carbón. Junto al cobertizo se hallaba una casa labriega, donde estaban los aposentos del servicio masculino de la mansión. Las mujeres, en cambio, tenían las

alcobas en la planta baja de la casona, al fondo de la cocina. Las normas de Samwel eran muy estrictas en este sentido. No se permitía dormir en la misma zona a los hombres y mujeres de la servidumbre. Era pecaminoso y así se evitaban males mayores. Los señores también poseían, cerca de la pradera, en la ladera del lago una cabaña de madera, donde a veces acudían a leer, escribir o estar tranquilos y aislados, disfrutando solo de la naturaleza y el relax. Dicha cabaña estaba compuesta de dos dormitorios, salón, aseo y una cocina pequeña con un fogón y alacena. Todo en madera de roble, era fresquita y tranquila.

Cuando Marian y su madre llegaron las recibió una asistenta. Le pidieron si podían hablar con la dueña. La señora Margaret, un rato después, recibió a Marian y a su madre sentada en el salón. Este era de estilo colonial con muebles de madera tallada, dos ventanales, grandes tapices en las paredes y retratos familiares. Las dos estaban de pie junto a la señora, tras presentarse, la madre le pidió trabajo para su hija:

—Señora, nos han dicho que necesita una asistenta. Como verá mi hija es joven, sana y educada. Le ruego la ponga a prueba en las labores que usted estime conveniente. Le aseguro que no la defraudará. Necesita el trabajo.

—¿Joven cómo te llamas? —le preguntó la señora mirándola fijamente. Marian era guapa, morena de larga melena, más bien delgada y de estatura media.